

SUCESOS DEL AÑO TERRIBLE DE 1887.

Por: Roberto H. Todd.

Era en los aciagos días del mes de noviembre, 1887, cuando ya se encontraban en las mazmorras del Castillo del Morro, los presos Autonomista a la cabeza de los cuales estaba el insigne Baldorioty de Castro; y el loco y malvado general Palacio había desencadenado su furia sobre todo el país. Todo buen puertorriqueño se sentía amenazado en su libertad por las felonías de aquel hombre.

Una mañana en que tuvimos necesidad de ir a la barbería de Apellaniz, que estaba situada en la calle de San Francisco, frente a la casa de don Pablo Ubarri, Jefe de los Incondicionales, encontramos que todos los operarios se hallaban ocupados y nos entretuvimos en un pequeño mostrador que había a la entrada de la barbería leyendo en el Boletín Mercantil, un discurso pronunciado el día anterior por el Gobernador General Palacio, en Aibonito, en el que imputaba insultos graves al país, llamando "hordas salvajes" a los que figuraban en una sociedad secreta en la "Cuarta Tierra", que él decía había descubierto y otras lindezas por el estilo. No pudimos contenernos en la lectura de estos desahogos y, olvidando (o quizás sin darnos cuenta, recordando) que pertenecíamos a la sociedad secreta de los secos y mojados, que era la sociedad a que él se refería, parece que pronunciamos en alta voz frases duras contra Palacio y sus secuaces, añadiendo: " Por eso me alegro de embarcar dentro de pocos días para no presenciar estas cosas." De pronto, de uno de los sillones de la barbería, se levantó una figura gruesa y rechoncha, con la cara toda enjabonada, quien, dirigiéndose a mi en forma descompuesta, me llamó cuantos nombres se le ocurrió pensar, tales como insurrecto, mambí, etc.; concluyendo por decirme: " En cuanto a embarcarse, yo me encargaré de ver que Ud. no salga del país." Después de dichas estas palabras, me dió la espalda el enjabonado individuo y pude ad-

vertirque tenia en la parte superior de la cabeza la cabellera afeitada, en forma de corona redonda, distintivo de los Padres de la Iglesia. Luego supe que era un cura castrense, español, de servicio en el Hospital Militar. Iba a replicar al iracundo Pater, cuando se me acercó ~~apellani~~ Apellaniz, el dueño de la barbería, y me pidió por favor que no lo comprometiese. Comprendí que no tenía defensa en caso de necesitar de algún amigo, como testigo, y que no podría contar con él. Callé y salí de la barbería.

Al día siguiente corrió por San Juan la noticia de que había relevado a Palacios; y habiendo visitado a mi amigo el Dr. Barbosa, quien se hallaba amenazado de ir a hacer compañía a los presos del Morro, él me confirmó la noticia, por haberla recibido de don Juan Hernández López, quien lo supo directamente, de labios del General Contreras, Segundo Cabo de la Isla, como se titulaba entonces el que seguía en mando al Gobernador General.

Aunque Palacios había negado en la prensa que tuviese la intención de marcharse, lo cierto fué que al día siguiente, 11 de noviembre, se notó un movimiento inusitado en la población; se movían las tropas de la guarnición y el vapor Correo Español se hallaba anclado en el puerto. Pronto se supo que a tal hora de ese mismo día embarcaría el General Palacios. Fuimos a la Marina con otros amigos, a presenciar la marcha del hombre odioso que había cometido tantas tropelías y abusos en Puerto Rico, y nos colocamos en un sitio muy cerca de la escalerilla que daba acceso a la antigua Aduana, por donde debería embarcar el odiado General, en una falúa del gobierno que allí esperaba. Poco tiempo después bajaba el General Palacios y su comitiva en sendos coches, seguidos de la Guardia Civil montada, y después de dar la mano de despedida a sus amigos que con él se hallaban, empezó a bajar la escalerilla que conducía a la falúa, cuando del grupo de personas que por allí se encontraban, se separó un hombre de estatura alta, moreno, con cabellos canos, pero que denotaban que eran los de una persona de color. Esta persona se quitó el sombrero de

copa que llevaba, mejor dicho, que siempre llevaba, estando vestido todo de negro, con levita cruzada, y acercándose a la escalerilla le dijo al General Palacios en voz bastante alta, para que todos la oyésemos: "Adios, mi general; que vuelva Ud. pronto, para seguir la buena obra a favor de la Madre Patria." - a lo que contestó el General Palacios: "Gracias, Pagani; volveré más pronto de lo que muchos se figuran." Y entró en la falúa, la que se desahucó del muelle y perdimos de vista para siempre aquella odiosa figura.

El Pagani que acabó de despedir al General Palacios de esa manera tan servil, se pavoneaba entre la multitud que, muy callada, había presenciado la escena; era don Julián Pagani, gran amigo de los Capitanes Generales y figura muy conocida entonces; Don Julián Pagani se sentía bien quisto con todos los Capitanes Generales, él sabría por qué; pero nos consta que, al despedir a Palacios en la forma en que lo hizo, ni siquiera representaba a la clase de color a que pertenecía. No era más que la nota discordante de todos los tiempos en esta desgraciada tierra.

Es fama que cuando el General Palacios ocupó la primera noche su sitio de distinción ^{en} el comedor, a la derecha del Capitán ^{del} vapor Correo, encontró debajo de su plato, una hoja suelta, impresa, ~~conteniendo~~ unos versos despidiendo al odiado general y que empezaban así:

"VETE CON DIOS, VIEJO INDECENTE"....

La hoja circuló en San Juan con la información cierta de que una mano misteriosa se había encargado de colocar un ejemplar debajo del plato del General Palacios a bordo del vapor. Se mencionaban varios nombres de puertorriqueños capaces de tomar a su cargo tal empeño; y cuando escribimos estas líneas, aún vive la persona a quien se señalaba que había prometido hacerlo. Se llamaba José Mauleón.